

UN CRÉDITO SIN TÍTULO

Estaba desesperada. La verdad es que casi toda mi vida había transcurrido más o menos de la misma manera: una carrera universitaria que me sirvió más que nada para conocer gente, otros lugares y para comer durante muchos días seguidos vainas (restos que quedaban del mercadillo de Granada los domingos); algunos cursos de euskera, carpintería y ofimática con los que disfruté, porque a mí me encanta aprender y hacer cosas prácticas, pero cuyo objetivo final, digo yo que será encontrar trabajo, nunca dieron sus frutos; y otros intentos que mejor me los guardo, ya que no pretendo deprimiros del todo.

Pero a lo largo de mi ajetreada vida he conseguido ir manteniéndome gracias a horas y horas de clases particulares, a pequeños trabajos en el más absoluto anonimato (tenéis que ver qué pose, qué glamour, qué perfección en mis maneras, aquella vez que fui monja en una fantástica película rodada en el aeropuerto), y, todo hay que decirlo, gracias a una ayuda social. Lástima, mi sino me persigue, y con más de 50 años las clases desaparecieron (malditos universitarios, son capaces casi de pagar ellos mismos a los padres por dar clases a sus hijos), imposible encontrar trabajo, me quitaron la ayuda social y, como es lo habitual, mis angustiosas, agobiantes y penosas jornadas de estudio para presentarme a unas oposiciones solo lograron convencerme de algo: ¡no vuelvas a presentarte a unas oposiciones!

En definitiva, desesperada. Y entonces, llegó mi oportunidad: una conocida de mi tía, dueña de una tienda de lanas, se jubilaba, así que me propuso que

cogiera yo el relevo. Llevaba toda mi vida haciendo punto, desde que mi madre, cuando mi hermano y yo nos aburríamos, para no seguir oyendo nuestros lastimeros “¿qué hago?, ¿qué hago?”, nos plantaba dos agujas en las manos, un trozo de lana, y a hacer punto. Mi hermano no siguió con la afición, pero yo sí. De hecho, siendo adolescente, ya me gané unas perrillas haciendo guantes, gorros, calcetines, y todo lo que me pidieran. Si es que soy un chollo, hago de todo, pero... para hacerme cargo de ese negocio necesitaba un dinero que no tenía. En pedir un préstamo al banco ni soñar, si no tienes dinero no te dan dinero, algo curiosamente lógico en esta sociedad. Pensando, pensando, y supongo que mi cerebro, atacado de forma subliminal por algunos anuncios, me llevó a lanzarme a por uno de esos microcréditos que ofrecen por Internet.

Lo encontré: 1500 euros a devolver en 12 meses, sin necesidad de nómina ni propiedades, dinero rápido, disponible las 24 horas del día, flexibilidad y libertad, en unos minutos te comunicamos si tu solicitud ha sido aprobada. ¡Era perfecto! Con ese dinero podía empezar, lanzarme, ser una persona legal en el mundo laboral, por fin podía ser una persona... normal. Y lo hice. Rellené los formularios, escaneé mi DNI, mi cartilla bancaria, mi vida: era capaz de escanear lo que fuera. Y lo conseguí.

Mi nueva aventura comenzó con gran ilusión, mi negocio, mis lanas, mis prendas de punto, mis horas en la tienda, a veces muy contenta por la cantidad de ventas, otras veces pensando en ofrecer unas pastitas para atraer clientes, ¡qué bonito!, hasta que... llegó la triste realidad. Tenía que ir devolviendo el dinero y, para mi sorpresa, la cantidad mensual no era la que yo había calculado. Claro, no soy abogada ni contable, y, con la edad, no es que no me fije en la letra pequeña, sino que a veces es tan minúscula o está tan

escondida que ni siquiera con gafas soy capaz de descifrarla. Pero en este caso, además, había otra dato: estos negocios de los créditos online esconden bajo ventanas emergentes (que una no ha sido capaz de descubrir) más condiciones abusivas, como cifras escandalosas por retrasos en los pagos, cobro de los SMS que ellos deciden enviarte, etcétera.

Pensé en ir a la oficina del consumidor para ver si conseguía algo, pero, dada mi experiencia con dicho ente en ocasiones anteriores, borré esa idea de mi mente. Ahora pienso que si muchas personas como yo nos uniéramos para luchar contra estos engaños tal vez... ¡Seguro que hay una manera!

El caso es que todo se fue haciendo una bola y al día de hoy debo tanto dinero que he tenido que dejar la tienda, las lanas y toda mi ilusión; soy una morosa, me siento estafada, estúpida y no tengo ni idea de cómo podría salir de esta para seguir adelante.

Posiblemente, en cualquier momento un joven amable toque a mi puerta y me entregue una citación para que vaya a declarar por la denuncia que me han interpuesto esos desalmados del crédito online.

¡RIIIIIINNNNNNGGGGG!

¡Oh, oh! ¡Maldito sino!

JIPOZAR